El Grito de Guerra y la Hipocresía del Nobel: La Doble Cara de la Fjordlandia

26/06/2026



Se pasean por las tribunas de este Mundial coordinando un “Rú” que estremece los cimientos del estadio, con una precisión que intimida y cautiva. Son los vikingos modernos.

Los vemos y, si apagamos nuestra Memoria Histórica, hasta pueden parecen simpáticos, adorables y realmente impresionantes.

Me recuerdan a esos tipos que uno cruza en la vida: gente cálida, “Hombres de Atapuerca” con los que compartirías una cerveza sin vueltas.

A mis años, he conocido noruegos de carne y hueso que me despertaron esa misma humanidad que pretendo defender.

¿Cómo es posible que una sociedad que procesa sus propios traumas –como la atroz masacre de la isla de Utøya, aquel 22 de julio de 2011, donde un desquiciado asesinó a jóvenes militantes socialistas– con una supuesta "humanidad superior", haya sido capaz de aplicar una deshumanización tan atroz hacia nosotros?

Para el Estado noruego, los 323 argentinos del Crucero General Belgrano no fueron vidas; fueron coordenadas, fueron datos de inteligencia, fueron "cosas" descartables entregadas al almirantazgo británico desde la estación Fauske II para facilitar su matanza.

Ahí es donde el "Atapuerca" amable desaparece y asoma la Bestia y **la Bestia siempre es el Estado.**

Como socialista, tengo claro que el Estado, en todas sus versiones, no es más que una estructura de dominación: una máquina que poco tiene que ver con una sociedad civilizada. Ningún Estado que haya atacado a nuestro **Pueblo** lo hizo con tal ferocidad y falta de humanidad como el noruego.

Los Sicarios de Stortinget blandiendo su hipocresía criminal

El Rey de Noruega y hasta el mismísimo y mercantilmente humanitario Parlamento de Oslo (el Stortinget) son, ante los ojos de la Historia, una cueva de encubridores. Esos burócratas que se llenan la boca con la paz mientras esconden bajo las alfombras del edificio de Stortinget los 323 crímenes de lesa humanidad que permitieron y facilitaron.

Representan la frialdad psicopática que decide desde un despacho quién vive y quién muere, perpetrando una complicidad criminal que ni siquiera el paso del tiempo puede lavar.

No nos confundamos: una sociedad puede estar compuesta por gente noble, pero los dirigentes y monarcas en todos los casos operan como psicópatas, aunque en algunos se note poco.

Noruega se llena la boca dando lecciones de paz mundial, repartiendo Premios Nobel desde su pedestal de moralidad impoluta, mientras sus legisladores actúan como sicarios administrativos.

No son ingenuos: son profundamente competitivos y calculadores. Han construido un relato de paz mientras fueron cómplices necesarios de un crimen de lesa humanidad que, hasta hoy, se niegan a reconocer con un pedido de perdón formal.

Supongo que el 99% de los noruegos ignora este incidente; porque de saberlo, tienen maneras muy efectivas de obligar al Estado a subsanar semejante locura.

Cuando los noruegos se enojan, tiemblan hasta las cuevas de los ratones que se creen jefes o se amparan en títulos nobiliarios.

La salida es clara, sana y no les costaría ni un céntimo: una disculpa pública del Parlamento, del Primer Ministro y del Rey, junto con la renuncia definitiva del Estado noruego a seguir otorgando el Premio Nobel de la Paz, una distinción que hoy carece de autoridad moral.

Si un argentino pudiera mirarlos a los ojos a los parásitos del Reino de Noruega y exigirles coherencia, la máscara de “país adorable” se les caería al piso.

Mientras ellos sigan ocultando su complicidad bajo el manto de la “neutralidad”, su premio Nobel es una farsa, su paz es una puesta en escena y su humanidad estatal es, ante nuestros ojos, una abominación.

Nuestra crítica está dirigida exclusivamente a la maquinaria del Capitalismo de Estado noruego y sus tecnócratas.

No alcanza, en absoluto, al pueblo noruego, con cuya calidez y cultura uno desearía cruzarse en cualquier mesa de café o celebrar un mundial, sino a la élite política que ha convertido a su Nación en un sicario administrativo de guante blanco.

La clase política noruega padece de un cinismo vulgar. Sus políticos, acostumbrados a moverse en una burbuja de riqueza petrolera, han caído en un populismo cínico y rústico.

Al intentar jugar a la política de "justicia social" global (mientras en la práctica operan como una maquinaria de guerra mercenaria) demuestran no solo una falta de elegancia, sino una perversión profunda.

Es un disfraz barato para esconder que, bajo sus trajes de tecnócratas nórdicos, laten corazones de burócratas siniestros. Carecen de toda sensatez humana estos caranchos.

Cualquier coincidencia con el Tercer Reich nunca en la Historia noruega fue casualidad.

¡Y de repente, entra en nuestras vidas Haaland!

En medio de esta basura estatal, aparece Erling Haaland: un tipo que nos genera una simpatía instintiva. Pudiendo elegir el camino cómodo, el de la cuna, el de jugar para Inglaterra y vivir entre laureles, eligió el camino más difícil: representar a Noruega para que su madre, la señora Braut, vea su apellido en la camiseta en un Mundial.

Ese "pibe" que muchos daban por perdido, ese "George Weah europeo" que la tuvo que remar en una selección que no estaba a su altura, es hoy un pedazo de hombre que le ofrendó al mundo su talento.

La señora Gry Marita Braut tiene todo el derecho a babearse de orgullo: él es un gran tipo por donde se lo mire.

Nosotros los argentinos, que sabemos lo que es “remar en dulce de leche” todos los días, reconocemos la fuerza del remo de Haaland y de su gente.

La Hipocresía del Estado Noruego: una Tradición de Lesa Humanidad



El hundimiento del Crucero General Belgrano el **2 de mayo de 1982** no fue una anomalía, sino el bautismo de fuego de una política de Estado que utiliza su fachada de “nación pacífica” para actuar como sicario administrativo de las potencias.

La masacre de Libia (2011): La mano de obra desestabilizadora



Entre el **19 de marzo y el 31 de octubre de 2011**, Noruega participó activamente en la campaña aérea de la OTAN contra Libia. Fue un despliegue de ferocidad técnica: sus aviones F-16 realizaron 596 salidas y lanzaron 569 bombas de precisión, casi el **10% de todo el arsenal de la coalición**.

Considerando la intensidad y la precisión de este ataque, se estima que el Estado noruego es responsable directo o co-autor intelectual de aproximadamente **3.000 muertes** en el conflicto. Noruega no solo participó; fue un arquitecto de la demolición de una nación, facilitando un caos que derivó en una guerra civil con decenas de miles de víctimas.

Si a una de las formas del Estado es el Califato, podemos decir que es un sicariato que lleva muy bien las cuentas y que por unas gotas de petroleo esos degenerados matan a su madre.

¿Cuánto gana a Noruega por matar a cada argentino’? Haremos ese cálculo y por suerte no somos nada baratos, pero para Mamá Noruega no somos más que cosas y al primero que ponga la plata correrán a servilo con la Humanidad que los caracteriza.

La Aritmética de la Muerte: el precio de lista de nuestra existencia para Mamá Noruega



Noruega no es una democracia de “buenas intenciones”. Es un **Capitalismo de Estado** donde la empresa pública y el interés parlamentario son una sola estructura. Si el Estado no da el sí, nada se mueve en los territorios que expolian.

I. El sicariato económico en Malvinas

Mientras la petrolera estatal, **Equinor**, se sienta a la mesa en Argentina para explorar nuestro Mar Argentino —llevándose información y prestigio—, sus empresas subsidiarias proveen la ingeniería necesaria para la ocupación británica en Malvinas. No son aliados, son sicarios. Si están ahí, es porque el Parlamento de Oslo decidió que el beneficio del expolio en nuestras islas es más rentable que el respeto a nuestra soberanía.

II. La aritmética de la liquidación



Si trasladamos la “lógica de eficiencia” noruega a los beneficios que obtienen del petróleo en la cuenca de las Malvinas, la cifra resultante es la confesión de su propia miseria moral.

Considerando que la tajada que el Estado noruego ha succionado en servicios y tecnología supera los **300 millones de dólares**, y dividimos este botín por los 323 argentinos que ayudaron a asesinar en 1982, el precio de mercado que estos “caranchos de hielo” le han puesto a nuestra existencia es de **928.000 dólares por cada argentino.**

Estamos tan seguros de la “sequía moral” de los políticos noruegos que no tenemos dudas: si uno se presentara hoy en el Stortinget con los **43 billones de dólares** (escala larga, un millón de millones) que vale el exterminio de nuestra Nación, lo aceptarían sin vacilar. Para ellos, nuestra vida no es una realidad sagrada, sino una variable contable.

Han superado la categoría de crimen de lesa humanidad para inventar el **crimen sin humanidad posible**: aquel donde el Estado, convertido en sicario, se sincera como una estructura

desprovista de cualquier rasgo humano.

El Estado noruego opera como ese macho que, por el solo hecho de ser “proveedor” de fondos, se cree con derecho de pernada sobre nuestra historia y nuestra soberanía. Jugar a dos puntas —ser sicarios financieros y autoproclamados humanistas— es un negocio que les ha funcionado solo porque nadie se había tomado el trabajo de exponer su falta de ética. Pero Noruega, con su accionar en la Causa Malvinas, ha demostrado que **una piedra es más decente y sensible que ellos**.

Han confundido la solvencia bancaria con la superioridad moral, sin advertir que, al exprimir nuestra sangre para sus balances, solo han conseguido quedar desnudos ante la historia: como una estructura política que, bajo su manto de hielo, esconde la vacuidad más absoluta.